



La familia, lugar de formación de la conciencia para un mundo solidario

Se me ha pedido que desarrolle una cuestión doblemente interesante. En su enunciado subrayo de entrada los siguientes matices que, por supuesto, van a ser los aspectos que trataré en mi intervención: la familia cristiana, como sujeto de la *nueva evangelización*, ha de recuperar una tarea apasionante, la de *educadora de la conciencia moral*; y, más concretamente, educadora de una conciencia *para un mundo solidario*.

La solidaridad corre el riesgo de «estar de moda». Un famoso diseñador, entrevistado por El País¹ el pasado domingo, mantenía este diálogo con su interlocutor: Pregunta: «¿Qué palabra es la palabra de estos tiempos?». Respuesta: «Solidaridad». Pregunta: «¿Puede vestirla?». Respuesta: «Sí, con elegancia y con lino». Y con tan aguda superficialidad daban por concluida la entrevista. El riesgo de disfrazar a la solidaridad con ropajes que la hagan elegante y, de paso, aceptable pero inocua para nuestras conciencias satisfechas es evidente.

Para que eso no ocurra es preciso dar a la solidaridad todo el contenido ético y religioso que reclama. Así, pues, comenzaré con unas notas sobre la educación ética y sobre el trasfondo religioso de la lucha contra la pobreza, que está en la raíz de la solidaridad. Ambas cosas me parecen de suma importancia para la nueva evangelización y es patente la intención de los organizadores de este cursillo al incluir la cuestión de la «*cultura de la solidaridad*» en un ciclo dedicado a la familia como *frontera de la nueva evangelización*.

¹ Entrevista del periodista Fidalgo a R. Verino, diseñador, en la última página de El País correspondiente al 23/10/94.

1. LA FORMACIÓN ÉTICA, DIMENSIÓN FUNDAMENTAL DE LA PERSONA.

Que la formación ética sea una dimensión fundamental de la persona es tan evidente —a pesar de que hoy sea frecuente detectar y denunciar un déficit de conciencia ética en no pocos asuntos ordinarios y fundamentales del vivir diario— que temo resultar tedioso, si empleo algo de vuestro precioso tiempo en justificarlo. Lo doy por sentado: sin un cierto nivel de conciencia moral o ética, nuestra personalidad humana no estaría verdaderamente desarrollada.

Sin embargo, no voy a silenciar una cuestión, en cierto modo previa: ¿qué queremos decir cuando hablamos de *ética* o de *formación ética*? No por ser previa y más sutil deja de ser ésta una cuestión necesaria. Se trata hoy día de algo sometido a riguroso análisis en los círculos filosóficos². Sería un pedante, si pretendiera trasladar a este lugar un debate que excede el interés que nos ha convocado. Me limitaré sencillamente a recoger algún eco que he sido capaz de captar.

Cuando estaba preparando estas reflexiones escuché en un informativo radiofónico la entrevista a un personaje que, no habiéndose dejado sobornar por una atractiva suma de dinero, denunció el intento logrando que los Tribunales condenaran a quien le había tentado. El entrevistador insistía: «¿Habrá habido quien piense que Vd. es tonto; podía haberse embolsado ese dinero y no decir esta boca es mía? El suyo no es un proceder frecuente en nuestra sociedad». A lo que el entrevistado respondió: «No es ése mi estilo de vida; si es el de otros, allá ellos».

La respuesta fue digna y, sin embargo, algo en el tono o en su contenido me hizo pensar: ¿Resistir a un soborno o aceptarlo, es una cuestión de «estilo» o de ética? Dicho de otro modo: ¿Existen actuaciones objetivamente correctas e incorrectas desde una perspectiva ética o todo depende de la óptica en la que nos situamos? ¿Todos los «estilos de vida» han de ser respetados como legítimos en el marco de una democracia o la democracia impone también sus límites? Y en tal caso, ¿cuáles son éstos: la norma legal? Pero, en definitiva, ¿dónde se fundamenta la norma legal?

² Para confirmar esta apreciación, véase el reciente libro de Adela Cortina, «ÉTICA SIN MORAL», Ed. Tecnos, 1990.

De un modo u otro llegamos a la cuestión de la fundamentación de la ética. Aunque ya he dicho que no voy a abordarla en esta charla, es nuestro telón de fondo.

Por ello quisiera dejar asentada una afirmación a la que me parece no debemos renunciar: la ética ha de fundamentarse en algo más sólido y permanente que el *consenso social* o el *respeto a las divergentes opciones subjetivas* en una sociedad democrática. Este fundamento no puede ser otro que la *adecuación con la persona humana*, con su dignidad, su realización y su felicidad.

Por su claridad y valentía, en una situación como la de nuestra cultura, me parecen especialmente significativas, aplicadas a nuestro tema, las siguientes palabras de Adela Cortina:

«Ciertamente nuestra época ha dado en llamarse “postfilosófica”, pero este adjetivo no deja de ser –a mi juicio– un reclamo publicitario. Porque mientras existan dogmas allí donde no debe hacerlo; mientras los hombres nos conformemos con lo dado donde pudiéramos asumir las riendas, sigue teniendo la filosofía la función crítica y liberadora que, por su mismo status epistemológico, no pueden ejercer las ciencias. Colaborar en la tarea de mostrar a los hombres que vivir “como libre” es una posibilidad por la que debe optar con pleno sentido, mientras que vivir como esclavo es también una opción, pero inhumana, es –a mi modo de ver– la inveterada misión de la filosofía. Para ejercerla son impotentes los “pensamientos débiles”, que abjurán de todo fundamento y, en consecuencia, de todo criterio racional para la crítica. [...] Claro que esta concepción de la ética puede resultar malsonante para cuantos, faltos ya de ideas tras tantos siglos en que se han generado de todo tipo, cifran su originalidad en tener por cosa de mal gusto la búsqueda de fundamentos y criterios. Quien cree acceder a ellos –dicen– se convierte en un fundamentalista intolerante. Con la mala prensa que tiene –y merecidamente– el fundamentalismo político y religioso. Con la buena prensa que tiene –merecidamente– la idea de tolerancia. Sólo que a nuestros desorientados amigos en materia de originalidad les falta un detalle: aclarar que no es lo mismo “fundamentalismo” que “fundamentación”, aclarar que la

tolerancia, para ser auténtica y no mera “moda verbal”, necesita un fundamento»³.

Persona, autonomía y ética.

Pero no basta con afirmar que la persona humana es el fundamento y criterio del comportamiento ético. Bajo ésta late otra cuestión importante: ¿qué concepto tenemos de la persona humana? El hombre moderno no está dispuesto a adoptar sobre su propio ser una concepción impuesta desde fuera. Pretende ser *autónomo* «a tope», como se dice en el desenfadado argot juvenil. En apoyo de esta apuesta por la autonomía conviene recordar las siguientes palabras de un creyente de la talla de Romano Guardini: «Allí donde estoy yo se encuentra el centro del mundo. Mi yo no puede encontrarse bajo el poder de *otro*, ni siquiera cuando ese otro es Dios».

¿Cómo conjugar esta autonomía con una concepción de la persona que no se diluya en meras apreciaciones subjetivas? ¿Cómo hacer compatible esta radical autonomía con la aceptación de Dios y de su voluntad soberana sobre el mundo?

Intentaré salir de este laberinto recordando que la aceptación de unas normas fundamentadas en alguien o algo distinto del propio sujeto (heteronomía) y la creación de pautas de comportamiento a partir de uno mismo (autonomía) son etapas de un proceso educativo, de desarrollo y madurez de la persona humana, tendente a desembocar en una situación nueva, superadora de las etapas anteriores y más definitiva.

Las primeras decisiones morales nos vienen de fuera.

En efecto, durante la etapa infantil se introducen las pautas y normas de comportamiento mediante la aprobación o displicencia (premio o castigo) que manifiestan los padres y todos aquellos que representan un valor interesante para el niño. La meta de la educación es la formación de una persona libre y moralmente responsable; pero los primeros pasos necesariamente discurren por los railes de una normativa sugerida o incluso impuesta. Poco a poco, conforme maduran las capacidades personales, la norma impuesta irá cediendo terreno a las decisiones razonablemente adoptadas y responsablemente vividas

³ Vid. «ETICA SIN MORAL», pág. 31 s.

Estas decisiones, que podríamos llamar personalizadas, si no son exactamente las mismas que habían sido inculcadas en la conciencia durante la etapa infantil, —puesto que toda maduración enriquece el imperativo moral dándole, al menos, solidez y también flexibilidad— seguramente mantendrán las mismas valoraciones substanciales de antaño, sólo que ahora ya *personalmente asumidas*, si el planteamiento de la educación ética fue correcto. Por ello, siempre será preciso reconocer la cantidad y calidad de información heterónoma que el hombre recibe y necesita para ser capaz de autocomprenderse y autodeterminarse.

Sin embargo, resulta nefasto convertir lo que es una *etapa de maduración* en un *nivel de criterio*. Cuando esto ocurre nos encontramos con personas que viven y comprenden la moralidad únicamente desde lo mandado y lo prohibido, porque está mandado y prohibido, en razón del premio o sanción que tal comportamiento implica. Esto sólo puede dar origen a una moral externa, forzada y servil, que de ningún modo puede ser aceptada por el hombre moderno.

Hacia decisiones autónomas.

También la autonomía moral es un camino a recorrer en el proceso de maduración de la existencia. Comienza siendo una *autonomía emocional* (durante el inicio de la adolescencia), expresada en la ruptura de los lazos familiares y autoritarios de la niñez. Poco a poco, la autonomía tiende a plasmar un *código interno de conducta*, elaborado a través de la crítica consciente de las convicciones previamente aceptadas por sugerencia o imposición del exterior. Se trata de hacer que las normas y pautas de comportamiento sean *personales y asumidas conscientemente*, aunque no necesariamente han de ser *originales*. La originalidad, tan vinculada a un momento concreto del desarrollo de la personalidad, no puede establecerse como garantía de personalización. Es tarea a realizar durante la adolescencia-juventud.

Ojalá el resultado de este proceso sea llegar a vivir la norma ética como *deber absoluto* que nace del interior profundo del propio sujeto y que consiste en aplicar los principios y valores morales elaborados en el proceso de su autoconcienciación a las situaciones concretas que se presentan en la vida.

Sin embargo, conviene no olvidar cuántos elementos heterónomos hemos necesitado para hacer posible nuestra autocomprensión y la comprensión de la realidad. Por ello no es bueno exaltar la subjetividad de

cada ser humano como fuente autónoma de moralidad. No es vano recordar que el hombre moderno —centro del universo— ha sido desplazado de su lugar preeminente y en él ha hecho presa la sospecha producida por las grandes revoluciones de nuestro tiempo (evolucionismo, marxismo, psicoanálisis, estructuralismo, etc.).

Superar el dilema heteronomía-autonomía.

No conduce muy lejos el establecer un dilema radical entre las dos etapas descritas. Preferible ver en ellas un camino que nos lleva a la madurez ética, superando el antagonismo que a veces se establece entre ambas. Este camino no va a ser otro que el centrarnos en el ser humano, *con todas sus dimensiones y niveles*, frente a la realidad.

De esta manera es posible integrar los diferentes momentos del crecimiento y, lo que es más importante todavía, la natural y amorosa religación del ser humano con el absoluto de Dios —sobre todo cuando ese absoluto tiene rostro de Padre— sin que esta religación se viva como un atentado a la dignidad de la persona humana⁴.

2. LA RAÍZ RELIGIOSA DE LA ÉTICA Y DE LA SOLIDARIDAD.

Después de lo dicho, me atrevo a reafirmar, con palabras de un estudioso del prestigio de Juan de Dios Martín Velasco que *«el centro de lo ético es, sin duda, la persona»* y que *«la realización más plena de la misma en la comunidad de las demás personas es la substancia de todas las normas»*⁵.

Pero esta formación ética, fundamentada en la persona, ¿es cosa distinta de lo que llamamos moral cristiana? O, dicho de otro modo, ¿cabe deducir de la fe un código minucioso para todas las situaciones de la vida o, por el contrario, la fe sólo presta motivación, o tal vez orientación y sentido, a una actuación ética, cuyos parámetros el ser humano no tiene más remedio que buscarlos entre la normativa ética de su época y su cultura?

La pregunta es pertinente. Si pretendemos promover a la familia cris-

⁴ Para los aspectos relacionados con la fundamentación del comportamiento ético en un absoluto y con la autonomía humana, cfr. Rincón, R. «TEOLOGIA MORAL. INTRODUCCION A LA CRITICA», Ed. Paulinas, 1980. pp. 69-77.

⁵ Martín Velasco, J. «RELIGION Y MORAL», en Diccionario Enciclopédico de Teología Moral (Suplemento), pág. 1.467.

tiana como *educadora de una conciencia solidaria*, inmediatamente se nos plantea una cuestión, que no me parece inútil a pesar de su aparente carácter especulativo, a saber: si la conciencia ética influida por el mensaje evangélico, o, dicho de forma directa, si la moral cristiana se limita a ofrecer motivos para la actuación ética y, en particular, para la acción solidaria o si además propone otros «modelos» de actuación y, en concreto, de solidaridad en consonancia con la experiencia vital de Jesús y con su mensaje.

Tampoco aquí es posible hacer un análisis completo; pero sí que podemos recordar algunas de las convicciones más sólidamente fundadas⁶.

1. Es preciso reconocer que el Cristianismo se sitúa más allá de la ética. Aunque el mensaje de Jesús tenga que ver con el vivir humano e induzca a actuar de forma claramente solidaria, el Evangelio proclama primero la paternidad bondadosa de Dios, a la que luego sigue el imperativo de una dedicación amorosa hacia el prójimo. Así, pues, proclama antes la buena noticia que el mandamiento.
2. Pero confesar a Jesús como revelación de Dios, como su cercanía concreta para nuestra vida, transforma toda la existencia del creyente, de manera que esa convicción crea en él una *orientación ética* nueva, radicalmente solidaria, y en la misma medida modifica su ideal de realización personal. No debemos perder la perspectiva de que el Evangelio anuncia la llegada del reinado de Dios y éste es un regalo, no un código. Por eso siempre ha resultado arriesgada la pretensión de deducir del Evangelio unas normas concretas y minuciosas aplicables a cualquier circunstancia de la vida; y, sin embargo, induce unas actitudes básicas ante la propia vida y la de los demás, lo que podríamos llamar una orientación fundamental, original y hondamente comprometedor⁷.
3. Los elementos fundamentales de esa transformación que el Espíritu de Dios provoca en el creyente, desde un punto de vista operativo, son:

⁶ Vid. Martín Velasco, J., o.c. pág. 1.467 s.

⁷ Recuérdense los miedos y reticencias de los discípulos ante las propuestas de Jesús respecto al dinero y al amor conyugal: «Si esa es la condición del marido con la mujer, más vale no casarse» (Mt. 19, 10); «Ellos se quedaron espantados y se decían; Entonces, ¿quién puede salvarse?» (Mc. 10, 26). Jesús les tranquilizó recurriendo al amor paternal de Dios para quien todo es posible.

- a) El ser humano deja de girar sobre sí mismo y sobre las cosas de este mundo para *recentrarse* sobre Dios, a quien presiente como lo único necesario que exige y merece absoluta confianza. Esta actitud –que no compromete la calidad personal del ser humano, como se ha dicho antes– relativiza muchas «necesidades», fundamenta la vida, genera esperanza y comporta una forma nueva y peculiar de orientar la vida. Todo lo cual, evidentemente, va a repercutir sobre la actuación moral.
- b) La fe en Jesús implica seguirlo. Este seguimiento tiene dos rasgos fundamentales:
- La caridad, que no es una norma como cualquier otra, sino el amor como principio de vida; pero una nueva forma de amor, cuyas características son la *universalidad* (incluso a los enemigos), la *radicalidad* (como él amó, como Dios mismo ama), expresada en tener como término a *los que más lo necesitan* (opción o comunión con los pobres). Tan intensa y novedosa resulta la urgencia de la atención solícita hacia los hermanos necesitados que podemos afirmar que su contrario, la injusticia, tiene raíz claramente idolátrica⁸.
 - La reconciliación que ha tenido lugar en Cristo. Uno de los gestos más revolucionarios de la acción de Jesús fue anunciar el reino a los que no parecían estar en disposición de recibir-

⁸ La raíz idolátrica de la injusticia ha sido puesta de relieve por los Obispos de Aragón en su reciente reflexión sobre la pobreza «*A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*»: «En la raíz de la pobreza y de las desigualdades sociales hay un pecado de idolatría. De ahí que el gran reto que se plantea a una comunidad creyente, como la de Israel y como nuestras comunidades cristianas, en su lucha contra la pobreza, no es sólo el de atender a las necesidades, mediante la limosna, las campañas y las obras de asistencia, que sin duda alguna son necesarias y una expresión concreta y cálida del amor fraterno. Además, hemos de ser capaces de desenmascarar esos dioses que causan muerte y opresión, porque si esos dioses no mueren, no podrá nacer una completa fraternidad. En concreto, la Palabra de Dios nos está pidiendo una toma de postura decidida frente a la idolatría del dinero, que lo convierte en enemigo de Dios y del hombre. Pero en esa experiencia de los profetas percibimos algo más; percibimos que la actitud religiosa lleva al creyente no sólo a mantener un compromiso ético de solidaridad con los marginados, lo cual es irrenunciable para todo ser humano consciente de serlo, sino además a «hacer de ese compromiso una experiencia de Dios» (n.º 20). [...] «No llegaríamos a comprender a nuestro Dios, en el que confiamos, si no estuviéramos en comunión con los pobres, los indefensos y los despreciados. Y la evangelización jamás podrá disociar el anuncio de Jesús del anuncio a los pobres de la Buena Noticia de su liberación» (n.º 24).

lo: los pecadores, los republicanos, los marginados de todo tipo. Creer en Jesucristo es confiar en el perdón, creer a pesar de los obstáculos que supone el propio pecado y confiar en el perdón para todos: soportarse y soportar a los otros, aceptar ser perdonado y perdonar.

3. CLAVES DEL COMPORTAMIENTO MORAL CRISTIANO.

Semejante actitud ética, fundamentada en el seguimiento de Jesús, manifiesta todo su potencial de luz y de fuerza para ayudarnos a vivir en este mundo y esta cultura contemporánea, marcada por la inevitable confusión que genera el culto al parecer subjetivo instalado como norma suprema de los comportamientos. Esta es una de las claves del documento de los Obispos españoles sobre la moralidad pública, que tantas iras levantó hace cuatro años en algunos de nuestros conciudadanos⁹.

Me atrevo a espigar en el citado documento lo que –a mi juicio– el documento propone como claves del comportamiento moral cristiano. Entre esas claves y los rasgos fundamentales del seguimiento de Jesús que acabo de recordar pienso que hay una evidente coherencia. Con ambos pretendo diseñar un cuadro o escala de valores que sirva de referencia para la tarea educacional de la familia:

- a) El comportamiento moral cristiano *apela a Dios como creador y como padre.*

La moral cristiana, al buscar un fundamento no sometido al vaivén de los pareceres subjetivos o de la demanda social, apela a Dios. Pero

⁹ Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES». Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad (20/11/90). EDICE. Madrid. En el n.º 48 se afirma: «Quizás el drama de la ética de la modernidad tiene, como uno de sus ingredientes decisivos, la creencia de que valores que, históricamente, nacieron de la experiencia cristiana, como son la libertad, la solidaridad y la igualdad, y que casi llegaron a formar parte de la conciencia del hombre europeo, podrían sobrevivir, por sí mismos y como algo evidente, arrancados del “humus” en el que aquella autoconciencia se había desarrollado. En un primer momento pudieron efectivamente sobrevivir por inercia; más tarde, sólo como retórica, para acabar, al final, disolviéndose fácil e insensiblemente. El “humus” necesario para que aquellos valores hubieran podido mantener su vigencia es la experiencia de Cristo vivida en la Iglesia. Porque, sin la Iglesia, incluso Jesucristo está expuesto a quedar reducido, al fin y a la postre, a un discurso formal o a convertirse en un ejemplo de conducta del que, una vez extraída “una doctrina moral”, resulta fácil prescindir, al tiempo que se abandona también el intento de vivir una vida conforme a la suya y a la esperanza que El suscita. La historia reciente ha demostrado que justamente ese modo de proceder no funciona».

hay que advertir con toda claridad que, al apelar a algo que está fuera y por encima de cada uno de nosotros, no nos enfrenta con un tirano impenetrable –la ley–, que carece de sensibilidad para comprender las situaciones personales de cada uno y acomodarse a ellas; no nos enfrenta con la ley como un imperativo absoluto, categórico. La moral cristiana, al señalar a Dios como fundamento y norma de nuestros comportamientos, lo considera *como creador y como padre*. Apela a aquél a quien dimos crédito al creer¹⁰.

- b) En cuanto *creador*, Dios *nos ha hecho a su imagen*. Lo cual significa que la persona humana es:
- «cooperadora con El en la transmisión y defensa de la vida y en la protección y progreso de la creación».
 - «intérprete inteligente de su plan creador»;
 - que aquí radica, «en último término, la inviolabilidad de los derechos humanos fundamentales»,
 - y que haber sido llamados a ser *persona humana* es una invitación a «vivir en comunión con Dios y con los demás hombres», de manera que no podamos «vivir ni desarrollar nuestras facultades sino en el contexto de las relaciones interpersonales y sociales»¹¹.
- c) Y como *Padre*, Dios nos invita y espera nuestra respuesta siguiendo las huellas de Jesús, el Hijo.
- La moral cristiana es una *moral de respuesta y seguimiento*, una respuesta de quien se siente agradecido y de quien ama, no una moral impuesta por el imperativo de la ley y el orden.
 - El cristiano, como el ser humano adulto de nuestra época, sabe que tiene la vida en sus manos para construirla y hacerla crecer, sabe que un abanico de posibilidades se abre ante sus ojos y su voluntad. Pero, por cristiano, sabe además que entre esas posibilidades Dios se ha escondido, disfrazado en la humana experiencia del hombre-Jesús, y puede escoger ese «modelo»¹².

¹⁰ Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES». n.º 35.

¹¹ Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES». n.º 36.

¹² Decían nuestros Obispos: «La Ley nueva de Cristo se traduce, en última instancia, en el seguimiento de una persona, la de Jesucristo; consiste en aceptar que El mismo es el Evangelio, la buena noticia de salvación comunicada y otorgada por Dios a los hombres y exige tratar de identificar la propia conducta con la suya: “vivir como El vivió” (1 Jn. 2, 6). Esta vivencia del Evangelio es imposible sin la fuerza del Espíritu Santo que es, verdaderamente, la ley interior de la Nueva Alianza, aquella ley que Dios mete en el pecho de sus hijos y escribe en sus corazones para renovarlos y colmarlos de vida». Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES» n.º 43.

– Si damos crédito al Dios que se esconde y manifiesta en Jesús de Nazaret, si creemos en el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, tenemos la sensación de haber encontrado un tesoro. Tan grande es este tesoro que ya no percibimos en el primer plano de nuestra conciencia la libre y personal decisión que hemos tomado a favor de Dios, sino *la alegría de responder al que nos ha amado y nos ha salido al encuentro en el camino*, con una oferta generosa, gratuita y atractiva¹³. Estamos ante un comportamiento ético de nuevo cuño: la moral no es una obligación, sino una respuesta a una llamada que otro ser personal nos hace. Entra, por lo tanto, en el ámbito del diálogo amoroso.

d) «La ley nueva de Cristo consiste en aceptar que El mismo es el Evangelio»¹⁴. ¿Qué significa esto para el comportamiento moral del cristiano?

– Que Jesús es *buena noticia* porque él es el grito de que Dios se nos está acercando tanto que se disfraza de ser humano.

– Que Jesús es *buena noticia* porque –pobre, afligido, hambriento de justicia y perseguido por buscar el bien– ha sido saciado y Dios le ha reivindicado.

– Que Jesús es *buena noticia* porque ha preferido ser misericordioso, pacificador, limpio de corazón y eso le ha hecho débil frente al poder pero bienaventurado, aunque parezca mentira para nuestra cultura y nuestra «débil» sensibilidad postmoderna convencida de que «nadie debe morir por nadie».

– Que Jesús es *buena noticia* porque ha preferido servir y ser el último y esto ha salvado al mundo...

Así es el nuevo cumplimiento de los mandamientos de Dios: «sin diluirse sus exigencias, se desbordan hacia las propuestas de las bienaventuranzas de cuya dicha disfrutaban ya en esta tierra quienes han acogido incondicionalmente el Reino de Dios presente en la persona de Jesús»¹⁵.

Jesús no sólo aparece como el modelo a imitar, sino como la garantía de que su camino conduce a alguna parte. De este modo seguimos a

¹³ Esto es lo que nos querían decir nuestros Obispos cuando escribían: «La vida cristiana no es primariamente una opción que el hombre toma por propia iniciativa, entre las múltiples posibilidades que la existencia le ofrece. Es más bien respuesta libre a la libre oferta de un don gratuito». Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES» n.º 45.

¹⁴ Cfr. «LA VERDAD OS HARA LIBRES», n.º 43.

¹⁵ Cfr., *ibid.*

Jesús y ponemos en circulación una nueva moral, poco respetuosa con las normas, cuando éstas oprimen a los que sufren, pero totalmente atenta al crecimiento y a la verdad interior de las personas.

4. DE LA MORAL VIVIDA A LA EDUCACIÓN DE LA SOLIDARIDAD.

La tarea consiste ahora en educar estas clave del comportamiento moral cristiano, que implican en su propia entraña la quintaesencia de la solidaridad. Me voy a limitar a subrayar, de acuerdo con lo dicho hasta aquí y de una forma esquemática, el proceso y las condiciones para hacerlo posible.

El proceso:

* Lo primero que los padres necesitan es tener asimilado y suficientemente interiorizado un cuadro de valores. Este cuadro no es otro que el que se desprende de las claves antes indicadas. Si se me permite, haré, a modo de sugerencia, un sucinto recordatorio. Es necesario que los padres vivan:

- Un sentido positivo y optimista de la vida. Esto no puede ser un problema para quien cree en el Dios que se hace presente en la historia humana y desde ella se nos manifiesta como creador y padre, nos invita y nos anima a seguirle en su Hijo Jesús.
- Una experiencia de fe que, a la par, da motivación y fortaleza al comportamiento ético y relativiza las «necesidades» de la vida y las «exigencias» del mundo.
- Una experiencia del amor compartido, de la comprensión, del perdón, del diálogo comunicativo y de la ayuda mutua entre los esposos. Pero experiencia de amor desbordada desde los esposos a los hijos y más allá del ámbito de la familia.
- Una opción por la vida como una dimensión fundamental de la pareja: opción por engendrar vida, por cuidar su calidad en todos los aspectos (social, ecológico, cultural...).
- Una opción por la comunidad, en cuanto que la persona humana crece gracias a la vivencia comunitaria; pero también en el sentido de fomentar la participación activa, social, política, laboral, escolar...
- Una opción por los pobres, en una sociedad que los margina y, sin

embargo, crea grandes bolsas de pobreza. Esta opción lleva consigo el fomentar un estilo de vida austero y capaz de compartir y el promover los cambios sociales y estructurales necesarios para una mejor distribución de los bienes.

Este cuadro de valores confluyen en lo que, tomando de nuevo el lenguaje de los Obispos de mi tierra, podemos denominar como «cultura de la solidaridad» hacia la que es preciso convertirse con verdadera motivación religiosa: «Tenemos que acusarnos, con dolor, –dicen en la 2ª parte de su documento sobre la pobreza–¹⁶ porque esa cultura de la solidaridad está apagada en la conciencia de muchos de nosotros.

* Durante la etapa infantil, hay que plasmar estos valores en unas normas y un estilo de vida familiar con el que se confrontará el comportamiento habitual de los hijos, en parte por imitación del «modelo» que perciben en sus padres, en parte por imposición de una pauta heterónoma a la que han de atenerse. Recuérdense lo que antes se dijo sobre el proceso heteronomía-autonomía en el comportamiento moral.

Es ahora cuando se va equipando a los hijos, desde pequeños, con un bagaje personal del que estará ausente el consumismo, por ejemplo, y en cambio se tratará de vivir una experiencia de cooperación, generosidad, interés por los otros, etc.

* Con la llegada de la adolescencia, el proceso de crecimiento personal y moral entra en crisis: ya no se va a seguir aceptando el «modelo» familiar sólo porque así lo hacen y lo quieren los padres. Va a ser necesario convencerse personalmente de la bondad de tal modo de vivir.

Además, ahora es cuando cobran una fuerza y atractivo excepcionales otros «modelos de identificación» que circulan dentro del mundo adolescente y juvenil. Es éste un momento decisivo y difícil, cuyas claves pedagógicas deberían ser objeto de una reflexión específica. Me limitaré a hacer tres indicaciones:

- Que los padres sean capaces de mantener, con la máxima intensidad posible, un «modelo» de comportamiento moral coherente con la fe y con las urgencias fundamentales de nuestra sociedad.
- Que sean capaces de mantener con sus hijos un diálogo paciente y

¹⁶ «¿Qué tenemos que hacer?», n.º 17.

constructivo, en una etapa en la que todo entra en tela de juicio.
¡Que no arrojen la toalla!

- Que recuerden el proceso, arriba indicado, que ha de recorrerse para alcanzar una saludable autonomía moral: ---> ruptura con los lazos familiares y autoritarios de la niñez ---> crítica consciente de las convicciones asumidas de modo inconsciente ---> elaboración de la autoconciencia y aplicación responsable a la situaciones concretas.

Condiciones que hacen posible este proceso:

- * Es necesario que los criterios substanciales de la educación sean convergentes en los padres.
- * Los hijos son hipersensibles para percibir si existe o no coherencia entre lo que se proclama y lo que se hace. En gran medida asimilarán la escala de valores que perciban en el comportamiento, no la que les sea predicada.
- * Es decisivo encarnar esa jerarquía de valores en los acontecimientos concretos de la vida diaria. Insisto en la necesidad de llegar a traducir en prácticas vivas las consideraciones sobre el comportamiento moral cristiano indicadas más arriba.

A modo de sugerencia propongo cuatro jalones que hoy harían verdad la recomendación de Jesús «que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»:

Sentirnos responsables del crecimiento, desarrollo y mejora del mundo, de la sociedad, de la vida, de la convivencia, de la historia, de la naturaleza. ¿Cómo ha sido posible que otros hayan podido alzar como propia la bandera del ecologismo y de la preocupación social mientras los cristianos poníamos estas inquietudes bajo sospecha?

- No tener escrúpulos del actuar –siguiendo la indicación de nuestros Obispos– como «intérpretes inteligentes del plan creador»; nunca como ejecutores materialmente fieles pero inflexibles de unos preceptos despersonalizados.
- Ser defensores totales de la persona humana: tener horror a la violencia y a todo lo que ella comporta (guerra, odios, discriminaciones). Ser buscadores de la vida (en los hijos, en la defensa de los débiles y de los discriminados). Ser constructores de la paz, a pesar del precio que hay que pagar por ella y de los riesgos que lleva consigo la no-violencia.

- Ser provocadores de todo lo que construye comunidad en la familia, en el barrio, en el trabajo... En tiempos de individualismo esta exigencia moral ha de ser reivindicada. ¿Por qué los cristianos no nos distinguimos como pioneros y promotores de las responsabilidades asociativas (Asociaciones de barrio, Consejo escolar, iniciativas ciudadanas, actividades parroquiales, etc. etc.) y nos dejamos llevar, como todos, de ese talante general tan difundido de estar como «espectadores» ante la vida?

Como escribió el poeta a su hija Julia: «No se decirte nada más, pero tu debes comprender que yo aún estoy en el camino, en el camino».

Pedro Escartín Celaya
Vicario General. Barbastro (Huesca)